



La Casa Madre
LeMans

8 de febrero de 1873

Bendito sea el Santo Nombre de Dios

#21

Mis queridas Hermanas,

La intensidad de nuestro dolor ha retrasado un poco el que les escribiera un relato detallado de la muerte de nuestro Reverendo Padre Fundador. Hasta nuestras casas más lejanas recibieron la noticia de su fallecimiento para que todos pudieran reunirse en espíritu en torno a sus restos mortales y unirse a nosotros en las primeras oraciones por el descanso de su alma. Pero sé que todos están ansiosos por saber cómo Dios ha querido llamar a este fiel servidor que acaba de cumplir cincuenta años de abnegado ministerio de buenas obras. Ojalá fueran todos tan afortunados como yo de asistir a los últimos días de una vida preciosa para Dios y para su Iglesia. Habrían aprendido del propio Fundador cuán dulce y feliz puede ser la muerte cuando uno se ha entregado al servicio de Dios.

Fue el 1 de enero, a sus 74 años, cuando nuestro querido Padre Fundador se vio interrumpido en sus labores y en el acto mismo de hacer el bien. La víspera había recibido, con su habitual buen humor, las felicitaciones de su familia y de la comunidad. Luego, por la noche, se dirigió al pueblo de Yvre-l' Eveque, cerca de LeMans, para visitar a un sacerdote enfermo y ofrecer sus servicios como homilista para la mañana siguiente.

Durante la noche, nuestro Fundador sufrió intensos dolores abdominales que, a pesar de los remedios inmediatos, le impidieron decir más que unas pocas palabras al dirigirse a la congregación. Inmediatamente después de la misa regresó a LeMans.

Cuando llegó el médico, comenzó un tratamiento, algo nuevo en la experiencia de nuestro Fundador, ya que había vivido largos años de olvido de sí mismo. Además, había sido bendecido con una contextura fuerte. Sin embargo, le dijo al médico que llevaba cinco meses sufriendo. Sin embargo, no omitió ni uno solo de sus tres días de ayuno semanal, ni había aumentado su escasa cena y seguía bebiendo sólo agua, hábito que había adquirido hacía muchos años.

Al cuarto día de la enfermedad, el médico insistió, al igual que nuestro capellán, en que nuestro Fundador consintiera en abandonar la silla reclinable en la que había dormido durante más de veinticuatro años. Lo había hecho para poder anotar los pensamientos que se le ocurrían durante la noche. También abandonó la minúscula celda donde el suministro de aire ya no era suficiente para él en su estado de sufrimiento. Aceptó una cama normal en una habitación más grande donde ardía un fuego, algo que nunca se permitió ni siquiera en el duro clima invernal.

A partir de ese momento, nuestro Fundador aceptó con la docilidad de un niño todas las dolorosas exigencias de la enfermedad y las atenciones de nuestra hermana enfermera. Para santificar las atenciones que recibía, pensaba en el Salvador en su cuna "envuelto en pañales" y decía: "y dejándose poner donde convenía ponerlo". Añadió con espíritu de gratitud las palabras del salmista: "Tú, Señor, en tu amorosa providencia, te has dignado preparar un lecho para tu siervo enfermo".

A medida que su enfermedad se agravaba, el alma de nuestro venerable paciente se dirigía constantemente a Dios en oración. Durante los últimos seis días, no paró nunca. Cuando alguien se acercaba en cualquier momento durante esos días, o durante sus noches de insomnio, se le oía rezar, utilizando versos de las sagradas escrituras y de la liturgia. María, la Madre de Dios, estaba constantemente presente en sus oraciones. Ella, sin duda, le concedió gracias especiales en esta época, ya que le oímos decir en una ocasión: "Hicieron bien en dedicarme a la Santísima Virgen".

Cuando oíamos sus pacientes oraciones devotas o veíamos sus labios moverse silenciosamente en oración, nos preguntábamos si nuestro querido paciente, se daba cuenta de que estaba en las garras de una enfermedad mortal. El hecho es que sólo hablaba con su Señor, no pedía nada para su propio alivio y no expresó durante veinte días de sufrimiento ni una palabra de queja. Sin embargo, agradecía todos los cuidados que recibía. Acogía con entusiasmo cada visita de nuestro capellán, su sobrino. Y cuando le sobrevenían ataques de dolor o debilidad, le tendía la mano diciendo: "Ya estás aquí". Entonces, volvía a su ferviente oración, pocas veces interrumpida. Nuestro reverendo Padre fue optimista hasta el último día en cuanto a la recuperación de sus fuerzas, a pesar de que largos años de meditación sobre la muerte y muchos senderos le habían desvinculado efectivamente de esta vida.

Durante los primeros días de su enfermedad, hizo enviar una carta a un párroco diocesano para informarle de que su estado de salud le impediría dar la misión parroquial, como había prometido. Estaba afligido por los inconvenientes que su ausencia causaría a su amigo. Cinco días más tarde envió otro mensaje diciendo que se sentía mejor y que seguía esperando cumplir su promesa.

De un día para otro nuestro Reverendo Fundador esperaba con ilusión, asistir al Santo Sacrificio o incluso celebrarlo, pero a medida que veía que se alargaban los días de su "convalecencia", se preparaba para recibir la Sagrada Comunión en su habitación muy temprano por la mañana. A la hora señalada insistía en levantarse a pesar de su gran debilidad. Mostró su fe y devoción con estas palabras: "Tú eres testigo, oh, Dios, de que en este momento mi alma obedece a mi cuerpo y, a no ser por mi enfermedad, no estaría así sentado para recibirte, sino de rodillas, con la frente apoyada en el suelo. Al menos, oh, Dios mío, uno los ardientes deseos de mi corazón a la adoración de los ángeles y al homenaje de los santos en circunstancias semejantes. Oh, Jesús, a quien ahora percibo como a través de un velo, te ruego me concedas lo que tanto deseo, para que una vez que se me revele tu rostro, pueda ser bendecido por la visión de tu gloria".

Después de recibir la comunión, dijo: "Deo Gratias" y comenzó a recitar el Te Deum.

Varios días después, el viernes 17, fiesta de San Antonio, la persistencia de la fiebre alta y otras complicaciones desalentaron todas nuestras esperanzas. Nuestro Capellán le trajo de nuevo el Santo Viático, acompañado, como antes, por los miembros del Consejo General. Al acercarse a la cama, el capellán dijo a nuestro Reverendo Padre: "Soy yo, mi querido Reverendo Padre. Vengo a traerte al Salvador de nuestras almas, tu consuelo y el nuestro, el Señor Jesús, la alegría de tu juventud, la Inspiración de todas tus obras, el testigo más cercano y a menudo el único de tus pruebas, tu más fuerte apoyo en tus luchas. Él viene ahora a sufrir contigo, a animarte, a fortalecerte con su propio poder hasta que conceda a tu ardiente deseo la maravillosa paz del Cielo". Nuestro Padre se unió de corazón y de palabra a estos sentimientos, rezó después el Confiteor y recibió a su Señor.

Al atardecer de ese mismo día, pedí a nuestro Capellán que nos llevara ante nuestro amado Fundador y que le pidiera en nombre de cada uno de nosotros, el triste, pero muy deseado recuerdo de su última bendición.

Cuando estábamos todos arrodillados alrededor de su lecho, el Capellán habló en nuestro nombre: "Querido Padre, aquí están tus Hijas espirituales a las que has dado la vida. Vienen a ofrecerte su compasión en tu sufrimiento y su gratitud por todo lo que has hecho por ellas con" tu devoción y ejemplo. Se arrodillan para implorar tu bendición como Fundador y Padre ofreciéndote la promesa de sus más fervientes oraciones y una inviolable fidelidad a la Regla que les diste".

"Sí, de muy buena gana", respondió el Fundador extendiendo las manos, "que Dios las bendiga por mi mano. La bendición de Dios sea con ustedes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Nuestro Capellán añadió: "Toda la Congregación de Marianitas está aquí, mi querido Padre, vuestras hijas de las casas más lejanas están todas unidas en el mismo deseo y le ruegan que las bendiga también a ellas en la persona de su Madre General".

"Los bendigo una vez más", dijo nuestro buen Fundador, "Bendición, absolución, todo lo que pueda dar...".

Al día siguiente, sábado, nuestro enfermo recibió la Extremaunción, a las nueve, y al atardecer del mismo día, la Bendición Apostólica, con indulgencia plenaria para el momento de la muerte. Nuestro Padre siguió con la mayor atención la recitación de todas las oraciones litúrgicas.

El domingo diecinueve fue un día de gran ansiedad, pasé la noche en la habitación de nuestro Fundador moribundo con el Capellán y tres Hermanas. Tuvo un momento de intenso sufrimiento que la voz y la mano del Capellán le ayudaron a soportar. Hacia la mañana, su respiración era agitada y a las nueve y media la muerte era inminente. No hubo agonía, sino un suave estado de sueño durante el cual no perdió del todo el conocimiento y podía oír nuestras voces encomendando su alma a Jesús, a su Santa Madre, a San José, a los Ángeles y a todos los Santos, especialmente a los que él invocaba a menudo como misionero y fundador: San Vicente de Paúl, San Alfonso de Ligorio, San Ignacio.

A las doce y media, su respiración pareció detenerse y, en ese momento, el rostro ascético de nuestro Fundador se relajó en una belleza tranquila y serena. Su alma parecía brillar en su noble frente.

Entonces nuestro Capellán pronunció una última bendición sobre nuestro querido Fundador moribundo, a quien nuestras lágrimas no pudieron retener con nosotros y le dio mientras exhalaba su último suspiro un beso filial de paz, de paz eterna.

Así, el alma inmortal de nuestro reverendo y querido Padre Fundador volvió al Dios que lo creó.

Basilio Antonio María Moreau, Misionero, ex Superior Asistente del Seminario de LeMans, ex Canónigo honorario de la Catedral de LeMans, Fundador de la Casa del Buen Pastor en LeMans , Fundador de la Casa de la Santa Cruz en LeMans y del Instituto del mismo nombre, Fundador de la Congregación de las Marianitas de la Santa Cruz, nació el 11 de febrero de 1799 en Laigne-en-Belin, Departamento de Sarthe, Francia y falleció el 20 de enero del presente año 1873 en su domicilio Rue Notre-Dame, 20, cerca de la Casa de Santa Cruz.

Nuestro Padre Capellán, dejando a un lado su propio dolor, se ocupó de todos los detalles del funeral. Consiguió para nosotros el consuelo de que se celebrara en la capilla de la Casa Madre, donde nuestro Fundador había oficiado misa todos los días. Su cuerpo estuvo expuesto allí hasta que fue llevado al cementerio. Día y noche, seis de nosotros estuvimos allí para velar y rezar.

Vimos entonces una prueba continua de la profunda veneración del pueblo por nuestro Fundador. Una fila interminable de personas acudía a presentar sus respetos, muchos tocando su cuerpo con sus objetos de piedad. El homenaje del público continuó durante el funeral propiamente dicho, cuando la gente se abrió paso a través de la abarrotada congregación para llegar hasta el féretro.

Hay que decir que la visión de nuestro Venerable Fundador, tendido en su traje sacerdotal, daba una inexpresable sensación de serenidad y bondad. Su rostro en la muerte había perdido los signos de un trabajo incesante y de una fatiga sin fin. Estaba relajado, rejuvenecido y sus labios parecían orar todavía. Durante las cuarenta y ocho horas que precedieron a su entierro, no hubo en sus rasgos signo alguno de los estragos de las enfermedades que en pocos días habían invadido su cuerpo.

El oficio fúnebre fue celebrado por el Arcipreste de la Catedral y el cirio de honor fue portado por el Decano del Cabildo. Dos de los cuatro puestos de honor junto al féretro, fueron ocupados por el Arcipreste de La Fleche, el Canónigo Honorario y el Capellán del Monasterio de la Visitación de LeMans; los otros dos fueron ocupados por el Reverendo Padre Guardián de los Capuchinos de LeMans y el Reverendo Padre Rector del Colegio Jesuita de la Casa de la Santa Cruz.

Fue un gran consuelo para nuestro Capellán, obtener la autorización para el entierro en la Capilla del Cementerio que nuestro Fundador había obtenido como lugar de sepultación legal de los miembros de su Instituto. Esta justicia ante sumuerte fue unánimemente acogida por los numerosos clérigos y amigos que acompañaron al difunto a su lugar de descanso final.

El miércoles siguiente se celebró una misa solemne con diácono y subdiácono en la capilla de nuestro convento. Estuvieron presentes antiguos alumnos de nuestro Padre Fundador en el Instituto de Santa Cruz. Después del oficio del trigésimo día, que celebraremos el 21 de febrero, continuaremos con los mismos oficios solemnes de mes en mes hasta el aniversario del luto más grande de nuestra Congregación.

En cuanto a ustedes, mis queridas Hijas, harán decir, en primer lugar, tres misas por el descanso del alma de nuestro Fundador y, en segundo lugar, por todos los difuntos de la Congregación, incluido el oficio que debe ofrecerse en las principales casas con la noticia de un fallecimiento.

Además, con las mismas intenciones, nuestra Casa Madre y nuestras Casas Provinciales harán celebrar sesenta misas cada una, durante este año en las respectivas capillas conventuales. Esta es una decisión del Consejo.

Cada Hermana ofrecerá, también, tres Comuniones, tres Vía Crucis y tres Rosarios.

El jueves de cada semana, siete Hermanas de la Casa Madre irán en silencio a la capilla mortuoria donde descansa nuestro Fundador y, arrodilladas junto a su tumba, recitarán por él y por todas nuestras Hermanas difuntas el De Profundis, siete Padrenuestros, Avemarías y Gloria.

En las oraciones de la noche, diremos la siguiente recomendación: "Por nuestro Padre Fundador y nuestras Hermanas difuntas, etc."

Los ejercicios públicos de fin de curso deberán realizarse en consonancia con nuestro luto, con sencilla sobriedad. Se omitirán los diálogos dramáticos, las operetas y las presentaciones se limitarán a la lectura de las composiciones de los alumnos. Estas lecturas podrían intercalarse con selecciones musicales si se considera necesario o útil para mostrar el progreso de los alumnos.

Mientras ofrecemos estas primeras exequias por nuestro Fundador, recordemos todos que él espera de sus hijas otro más personal y duradero, sin el cual nuestras oraciones, nuestras comuniones, incluso nuestras misas no tendrían toda su eficacia a los ojos de Dios. La exequia especial que nuestro Fundador espera de nosotras, es el sacrificio de nosotras mismas por una obediencia entera a la Regla, que él nos dio, obediencia doblemente consagrada tanto por el voto que nos hizo como por la promesa de fidelidad que hicimos a nuestro moribundo Fundador en nombre de la Congregación. Amemos más que nunca esta preciosa Regla que nuestro Fundador nos dio y en la que sigue viviendo entre nosotros. Venerémosla como un santo monumento a su fe, a su celo y a su oración. Observémosla fielmente y en todos sus detalles. Esta Regla es tan fácil, tan dulce. El espíritu de nuestro Fundador vive en ella y las Marianitas de Santa Cruz deben siempre y en todo lugar, alimentar de ella la vida de sus almas, la vida del Instituto.

Mis queridas Hermanas, la Regla practicada tal como nos la dio nuestro Fundador, tal como la aprobó el Soberano Pontífice; la Regla, es decir, el espíritu religioso, espíritu de nuestro Fundador que debe ser el de toda la Congregación, sólo la Regla nos conservará, confirmará y desarrollará para gloria de Dios y edificación de la Iglesia.

El espíritu de nuestro Instituto es ante todo un espíritu de fe, de abnegación total. Esto hace posible que nos dediquemos enteramente al servicio de Dios en todas las obras que sus provincias y nuestras Constituciones nos asignen. Siguiendo el ejemplo de nuestro Padre, veamos a Dios en todas nuestras acciones, no nos busquemos a nosotros mismos en nada, no pongamos nuestra confianza ni en el número de súbditos, ni en el número de casas, ni en la impresión que causemos, sino sólo en la bondad todopoderosa de nuestro Padre celestial. Él creó su Iglesia con doce pobres hombres. Se ha dignado hacer de nosotras una Congregación religiosa incluso cuando la Superiora General y su administración carecían de un lugar donde vivir. Permitámonos pertenecer sólo a Dios al pie de la Cruz donde Nuestro Señor nos entregó a su Santa Madre. Así honraremos el nombre de la Virgen de los Siete Dolores, ofreceremos gratitud a nuestro querido Fundador y mereceremos para nuestra familia religiosa los largos años prometidos por Dios como premio a la piedad filial.

Me detengo aquí, mis queridas Hijas. No me siento capaz en este momento de hablar de la vida plena de nuestro Fundador; sin embargo, no podía privarlas por más tiempo de esta noticia que nuestro Fundador recibió del Papa en su jubileo. Fue para él la mayor alegría, después de la aprobación de nuestra Regla por la Santa Sede.

"Al muy Reverendo Padre Basilio Moreau, LeMans.

Muy Reverendo Padre, he tenido el cuidado de recomendar al Señor varios favores espirituales que usted desea en su quincuagésimo año de sacerdocio. Su Santidad, enterado de este acontecimiento, le envía su bendición apostólica con indulgencia plenaria. Por ello, me apresuro a enviarle esta noticia.

*Suplicando a Dios que le conceda prosperidad en todos sus empeños, soy,
Vuestro afectuoso,*

*Al. Card. Barnabo
Jean Simeoni, secretario".*

Mis queridas Hijas, recibamos con gratitud y conservemos piadosamente esta señal de simpatía que Su Eminencia el Cardenal Prefecto de la Propaganda me dirigió ayer:

*"Reverendísima Madre,
He sabido con dolor del fallecimiento del Reverendo Basilio Moreau,
Fundador y Superior General del Instituto de la Santa Cruz.
Al. Card. Barnabo"*

Bendigamos a Dios en nuestra aflicción y consolémonos mutuamente en la oración.

Que esta Circular sea leída en todas las casas en la Lectura Espiritual del día en que llegue. Será traducida al inglés para nuestras hermanas que no entienden el francés.

Cada superiora o directora acusará recibo de esta carta.

Vuestra afectuosa y devota en J.M.J.,

Sor María de los Siete Dolores
Superiora General

Hna. Mary de Egipto
Secretaria General